



Reflexión Política

[Inicio](#) | [Año 2 No. 3](#)



Año 2 No. 3
Bucaramanga
Junio de 2000

INVESTIGACIÓN SOCIAL Y VIOLENCIA EN COLOMBIA

Doris Lamus Canavate

La situación política nacional en la segunda mitad del siglo XX ha sido particularmente propicia para la investigación en el campo de las ciencias sociales, entendiendo por éstas fundamentalmente la sociología, la economía, la (ciencia) política y la historia y sus diversas combinaciones interdisciplinarias, teóricas y metodológicas. Ha sido tal el volumen de la producción intelectual, de las publicaciones, de los núcleos de investigadores dedicados a desentrañar las múltiples expresiones de la violencia colombiana, que han creado un campo del saber en ciencias sociales reconocido, al menos nacionalmente, como "violentología", en el cual convergen profesionales de muy diversa procedencia disciplinaria.

Debido a ello es posible afirmar y constatar el importante desarrollo que los estudios sobre la violencia han tenido en el país, asunto que si bien es positivo para el conocimiento de la problemática nacional y sus eventuales alternativas de solución y para el desarrollo de grupos, observatorios, centros e instituciones académicas dedicadas a la investigación social, trae consigo también la pregunta por los aportes que esta enorme masa crítica de científicos sociales hace, efectivamente, en materia de encontrarle salidas a una problemática de larga data y con efectos cada vez mayores y más complejos en el tejido social, la cohesión, la confianza y la esperanza de los colombianos.

En este mismo sentido habría que preguntarse acerca de los límites y los alcances de los aportes de la investigación y de los investigadores en un terreno tan fluido como el de la situación sociopolítica nacional y los costos, en este caso no en dinero, sino en términos de los riesgos personales que se corren. Y son muchos hoy los caídos fuera de combate por estar involucrados en alguno de los problemas a través de la investigación. También numerosos los exiliados por la misma razón. Hoy como ayer sigue siendo peligroso ser intelectual, investigador, analista político y hasta columnista o comentarista de la prensa nacional o local. El riesgo es pensar en voz alta y este aumenta si, además, escribe y publica lo que cree y piensa.

Sin desconocer todos estos peros - de profundas consecuencias para la investigación- hay otros que es preciso mencionar: Mucha gente pregunta, no siempre sin razón, "bueno, ¿y para qué tanta investigación? ¿de qué sirve? ¿a quién sirve? ¿qué ha aportado a la solución del problema?" Es muy probable que, en ciertos casos, el boom de la "violentología" haya tenido efectos perversos o no deseados tanto en el terreno académico y científico como en el estratégico, político y de la apropiación y concentración de recursos. Sin embargo, la responsabilidad de los científicos sociales, de los investigadores, es irrenunciable. La ciencia, el conocimiento, no pueden claudicar ante su propia misión y razón de ser. Y en Colombia, mientras existan situaciones tan anómicas, complejas, dinámicas y estructurales, nunca será suficiente el argumento del sobrediagnóstico, el de los riesgos de la vida misma de los investigadores o de los recursos financieros, para renunciar a la tarea. Tal vez pese más el último aspecto, el financiero, porque valientes, arriesgados y apasionados, tal vez haya menos, pero los hay.

Seguramente todas estas circunstancias incidan en el volumen y en la

calidad de la investigación, pero tal vez sea el momento para repensar el horizonte de sentido de los estudios en este campo, sus alcances y sus limitaciones para "resolver" los problemas que aquejan hace rato a la sociedad colombiana.

En este trabajo se quiere hacer un ejercicio esquemático de identificación de tendencias de la investigación social en el ámbito de la violencia política, partiendo de un corpus de análisis que incluye una selección de textos publicados en las últimas dos décadas por autores pertenecientes a centros de investigación reconocidos, algunos nacionales, otros extranjeros, conocedores de la historia y la actualidad nacionales. En cada una de las líneas identificadas se señalan fortalezas, debilidades, aportes o potencialidades, para finalizar con una reflexión acerca de lo que estaría por hacer, junto con el esbozo de una propuesta para un programa nacional de investigación en este campo.

El debate sobre los enfoques, las estrategias metodológicas de investigación y sus correspondientes marcos teóricos y epistemológicos, se enuncian tangencialmente, pues ello requeriría un trabajo de mayor profundidad.

UNA APROXIMACIÓN TEÓRICO- CONCEPTUAL

Los enfoques hoy en boga en el mundo para la investigación social sobre el ámbito que aquí interesa se mueven en dos sentidos aparentemente opuestos: El campo de los estudios sobre la guerra o polemología y el de los estudios sobre la paz, o irenología; sin embargo, desde un punto de vista teórico, la separación de los conceptos de guerra y paz plantea un falso dilema. La polemología se apoya en el presupuesto de que conociendo mejor el desarrollo de las guerras, será más fácil combatir los factores que las provocan y alargan. Por ello, los estudios sobre o para la paz o irenología, tienen que partir, inevitablemente, de los estudios sobre la guerra o la violencia. De hecho, el mismo desarrollo del concepto de violencia ha contribuido a la formulación del concepto y los estudios sobre la paz. En ese contexto Galtung introduce el concepto de violencia estructural, que comprende la pobreza, la represión, y la alienación, al tiempo que se diferencia la paz en sentido restringido o ausencia de guerra, y paz en sentido amplio o ausencia de violencia directa y estructural. Según esta concepción de

violencia, los mecanismos para superarla, es decir, para alcanzar la paz, son la equidad, la autonomía, la solidaridad, la participación y la autosuficiencia. En otros términos, la paz tiene que ver con monopolios del poder y estructuras sociales inequitativas. Por tanto, la desactivación del conflicto pasa por la necesaria reestructuración o reformas que remuevan esos obstáculos estructurales para la paz y la convivencia civilizada.

En este sentido las teorías sobre el conflicto contribuyen significativamente a la investigación sobre la guerra, la violencia y la paz, como una actividad interdisciplinaria proveniente de marcos teóricos que ven el conflicto estructuralmente y como inherente a la naturaleza de la sociedad; en este sentido el conflicto no se "resuelve", más bien se procesa. Aportes más pragmáticos provienen de la teoría de los juegos; estas teorías parten de la creencia de que determinados comportamientos humanos se parecen al juego; por tanto, el conocimiento de la dinámica y estrategia del juego puede arrojar luces al conocimiento del comportamiento humano. En este contexto se entiende como juego cualquier situación social que implique a dos o más actores, cuyos intereses están relacionados. Se entiende pues, como juegos de estrategias, no de azar o de habilidades. Estas teorías de juegos tienen aplicaciones a la negociación internacional, derivada en técnicas de "resolución de conflictos". La concepción sobre el conflicto de Schelling sostiene que éste no debe considerarse sólo como enfrentamiento de fuerzas hostiles, sino como un fenómeno muy complejo en el que antagonismo y cooperación están íntimamente

unidos. Visto así, estudiar la estrategia del conflicto supone aceptar que todas las situaciones de conflicto son esencialmente situaciones de negociación, si existe un interés común por llegar a una solución que satisfaga a las partes.

Sin embargo, las opciones de los investigadores obedecen a sus intereses; también a ciertas presiones del medio académico y de las coyunturas políticas, o de demandas de rápida producción, circunstancias todas que contribuyen a que, en ocasiones, no sean muy explícitos ni sistemáticos en las orientaciones teórico-metodológicas que los guían. Adicionalmente, como al público no académico "no le interesa" ese debate, se suelen hacer escritos que omiten toda información sobre fuentes y procedimientos utilizados, situación que produce un doble efecto: debilita la circulación del conocimiento y produce una "inflación ensayística", interesante para la puesta en escena frente a un auditorio en vivo o en televisión, pero poco rigurosa para los fines de la investigación.

Con todas estas salvedades, nos arriesgamos a revisar un cierto número de textos, todos ellos compuestos por ensayos de diversos autores; de ellos extrajimos unas "líneas" de investigación predominantes, al menos en ese corpus de análisis. No está de más señalar que lo revisado es una muestra representativa de la diversidad, mas no estadística y no pretende dar cuenta de todo el material producido en el país, cuya labor de revisión sería realmente titánica, aunque no imposible, para llegar a establecer un auténtico balance de la cuestión.

LOS ANTECEDENTES DE LOS ESTUDIOS SOBRE VIOLENCIA EN COLOMBIA

"Para la sociedad colombiana, el problema de la "violencia" es un hecho protuberante. Muchos lo consideran como el más grave peligro que haya corrido la nacionalidad. Es algo que no puede ignorarse, porque irrumpió con machetes y genocidios, bajo la égida de guerrilleros con sonoros sobrenombres, en la historia que aprenderán nuestros hijos; porque su huella será indeleble en la memoria de los sobrevivientes y sus efectos tangibles en la estructuración, conducta e imagen del pueblo de Colombia. (...) No encarar el tema, no atreverse a agitarlo, no derivar de él enseñanzas, así científicas, como de política social, habrá sido un despilfarro de oportunidades y un acto no pequeño de traición a los intereses de la comunidad".

Prólogo de Fals Borda, de La Violencia en Colombia.

Salvo por ciertos giros lingüísticos, cualquier desprevenido podría pensar que este fragmento se refiere a la violencia de hoy; sin embargo se trata de la de mediados del siglo XX, considerando sus antecedentes desde 1930. En Colombia se ha hecho investigación sobre violencia desde antes de que se constituyera "la violentología" como campo de estudio. El trabajo pionero, La Violencia en Colombia fue desarrollado por Orlando Fals Borda, Eduardo Umaña y Germán Guzmán, en los inicios de la década de los sesentas, el primero como Decano de la Facultad de Sociología, quien con el respaldo de los directivos de la Universidad Nacional y con el beneplácito de la Presidencia de la República, toma la decisión de "bucear por los trasfondos (...) escalofriante de la violencia", con el rigor, la sistematicidad y la explicitud de sus fuentes y procedimientos, procurando mantenerse dentro de los cánones dominantes en la investigación científica de la época: objetividad, veracidad, "aún a costa de rasgar velos, tocar áreas prohibidas y desafiar la ira de intereses creados" .

Pero, es sólo a finales de los setentas cuando comienzan a desarrollarse los estudios sobre la violencia. A partir de entonces, la violencia de la década de los cincuentas se analiza tanto en sus expresiones regionales como en la diversidad de sus manifestaciones , sin que desaparezca de la agenda de los investigadores, pero cada vez

en menor intensidad. En 1985, en el I Simposio Internacional sobre la violencia (Bogotá, junio de 1984), se observaba que pese al volumen antes nunca visto de trabajos, lo que quedaba por hacer superaba los avances logrados, dada la complejidad del fenómeno, tal como reza la presentación de Pasado y presente de la violencia en Colombia, obra que recoge una selección de las ponencias presentadas por destacados historiadores y sociólogos extranjeros y nacionales.

1. LA VIOLENTOLOGÍA, LA "LÍNEA DURA" EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL EN COLOMBIA

Desde finales de los ochentas los estudios han acompañado el desarrollo de los acontecimientos políticos de violencia en el país y se han diversificado los ángulos de interés, tanto como los eventos mismos. Aunque no se abandonan los análisis de la violencia del medio siglo XX, las preocupaciones giran hacia las nuevas manifestaciones de la violencia política y social. Sociólogos, historiadores, economistas, politólogos, ahora reconocidos como "violentólogos", aportan desde sus disciplinas diversos enfoques y aproximaciones teóricas y metodológicas al problema: estudios históricos o actuales, nacionales, regionales o locales; de los actores o de las instituciones; análisis de coyuntura, de estructura o de los contextos explicativos de la violencia. Instituciones universitarias y organismos no gubernamentales dan cuenta de estos desarrollos a través de sus publicaciones y su influencia en la opinión pública.

Aunque desde comienzos de la década, particularmente en el gobierno de Barco, se impulsan procesos de negociación con los grupos insurgentes, las condiciones del conflicto se complican y profundizan a medida que avanza la década. En poco tiempo se suceden eventos que bloquean toda posibilidad de acuerdos de paz duraderos; la guerrilla combina la acción política con la ampliación de la capacidad militar; las FARC, constituyen un partido político legal, pero al tiempo se inicia la eliminación sistemática de sus integrantes, uno a uno hasta el exterminio casi total; son los años de la toma por el M-19 y el "holocausto" del Palacio de Justicia. Es también la época de auge, ya no del café, ni de la marihuana, sino de la coca y la amapola y con ellas el fortalecimiento de los carteles de la droga, el terror en las calles de las principales ciudades colombianas, de los nexos con el nuevo paramilitarismo y la "guerra sucia" generalizada. La década se cierra con el asesinato de Luis Carlos Galán Sarmiento, de Bernardo Jaramillo, de Carlos Pizarro León-Gómez, nuevos líderes a quienes los engendros del poder y la barbarie negaron, a ellos y a los colombianos, una oportunidad para intentar una experiencia tal vez mejor.

En una primera etapa los estudios de los violentólogos trabajan intensamente el contexto político y social como explicativos de la reincidencia de la violencia. Colombia: Violencia y Democracia (1987) planteó la heterogeneidad de dimensiones de la violencia y Pacificar la paz (1991), señaló la diversidad de las problemáticas regionales. Igual contribución hizo Al filo del caos. Crisis política en la Colombia de los años 80, obra que analiza los factores institucionales y sociales de la crisis y cuyo título refleja, junto con otros, como el de Colombia dentro del laberinto, la percepción de "tocando fondo" del momento.

Sin embargo, del pesimismo de finales de los ochentas, se pasó a las expectativas creadas por la conformación de la Asamblea Nacional Constituyente para reformar la Constitución de 1886. El optimismo y la esperanza condujeron a la realización de los

tradicionales análisis institucionales en los que los partidos políticos, el Congreso, la administración de Justicia, la Iglesia Católica y los movimientos sociales, entre otros, son estudiados en la perspectiva de la "transición" que vivía el país, luego de la expedición de la nueva Constitución. Sin embargo, la cuestión fundamental de la violencia, en todas sus manifestaciones no cambió, y los grupos guerrilleros fortalecidos ampliaron sus acciones y controlaron mayor territorio de la geografía nacional.

Se abre entonces el camino de una segunda etapa, orientada al análisis de las interacciones estratégicas entre los diversos actores de la violencia, sin abandonar los análisis tradicionales y sin profundizar en las implicaciones teóricas y metodológicas de este tipo de trabajos. Se abre también el espacio a la crítica por el privilegio concedido a la violencia política, a sus actores armados y a los procesos institucionales y el menor espacio otorgado a otras dimensiones de la violencia, reconocida como heterogénea y compleja. La crítica a los violentólogos se relaciona con su cercanía a "una concepción decimonónica de la ciencia política" y, por tanto, de la organización política de la sociedad, así como a su distancia de las investigaciones para la construcción de la paz.

En la segunda mitad de la década de los noventa se observa una mayor incidencia de las preocupaciones académicas y gubernamentales por la paz, por la "solución negociada del conflicto armado", pero sin separar la paz, ya no sólo de la violencia, sino de la guerra. Este es más bien un cierto "giro lingüístico", y acompaña tanto el discurso académico, como el gubernamental: Armar la paz es desarmar la guerra fue el producto de una iniciativa del Departamento de Planeación Nacional (1996), cuyo slogan era "la paz es rentable" y que recoge seis áreas estratégicas de estudio: contexto urbano, seguridad nacional y seguridad ciudadana, cuestión rural, relaciones internacionales, justicia y agenda de paz. Los Laberintos de la guerra, utopías e incertidumbre sobre la paz, recoge igualmente ponencias de expertos extranjeros a un Foro sobre propuestas de paz organizado en la Universidad de los Andes en 1998. Aunque se enfatiza en esta etapa el carácter propositivo de los foros académicos, los expositores reconocen las dificultades para hablar y proponer sobre la paz en Colombia.

2. LAS COMISIONES ACADÉMICAS CREADAS POR LOS GOBIERNOS.

En este caso, el Estado o alguno de sus organismos encarga a los académicos los estudios de diagnóstico sobre la violencia, con la finalidad de diseñar políticas y programas para su erradicación:

La primera de éstas, la Comisión de Estudios Sobre la Violencia (1986), integrada por investigadores de la Universidad Nacional, convocados por el Gobierno para indagar sobre las perspectivas de este fenómeno y recomendar medidas que contribuyeran a frenar su avance. La violencia fue diferenciada en tres modalidades: la socioeconómica, la sociocultural y la violencia sobre los territorios. La comisión llamó la atención sobre el crecimiento de otras formas de violencia distintas a la política y la del narcotráfico; evaluó las políticas oficiales de los últimos diez años y formuló recomendaciones en cada uno de los temas centrales, muy especialmente a la política adelantada por el gobierno frente a la violencia; también en relación con los problemas de las regiones, los de la justicia y la política internacional. Colombia: Violencia y Democracia, es el resultado del trabajo de esta comisión.

En 1991 las Consejerías de Paz y de Derechos Humanos de la Presidencia de la República, organizaron y financiaron la Comisión de Superación de la Violencia, integrada por investigadores del IEPRI de la Universidad Nacional. Se abordó el problema desde el punto de vista de la dinámica que la violencia presentaba en siete regiones del país, con el objeto de formular las recomendaciones sobre las políticas requeridas para superarla: diálogos (no negociaciones) regionales, reorientación de recursos del PNR, sustitución de cultivos, combate a los paramilitares, restitución de tierras a los indígenas, separación del servicio a los militares que violaran los derechos humanos, entre otros. El informe fue publicado bajo el título Pacificar la paz.

Muy semejante a este tipo de trabajos es el caso del grupo que elaboró para Planeación Nacional el estudio que se publicó parcialmente bajo el

título Armar la paz es desarmar la guerra, ya citado, para cuyo desarrollo se crea una Misión para sentar las bases de una política estatal de Paz, proyecto otorgado al Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia. Otra versión del proyecto se publicó por el Departamento de Planeación y Tercer Mundo, en 1996, titulada La paz: el desafío para el desarrollo.

En otros casos son estudios desarrollados por investigadores o asesores contratados o vinculados a organismos del Estado, sobre el problema específico del conflicto armado y sus actores, como los adelantados por las Consejerías o por la Oficina del Alto Comisionado, o el Ministerio del Interior, o por los Observatorios. En estos trabajos, existe un material muy valioso, de fuentes oficiales; que se produce en el centro de las decisiones políticas. Uno de tantos es el trabajo que sobre la geopolítica de la violencia en el territorio nacional ha venido desarrollando Camilo Echandía,²⁵ con la información estadística y gráfica, por municipio, del crecimiento de los frentes guerrilleros, entre otras dimensiones del asunto.

También el Banco Mundial ²⁶ ha formulado diagnósticos y estrategias que a juicio de expertos nacionales y extranjeros convocados por el Banco, se requieren para la superación de estos problemas. Su Estrategia nacional para la paz y el desarrollo propone, en el nivel nacional, un programa de paz; en el nivel sectorial, integración de la reducción de la violencia en las políticas y programas de sectores prioritarios (justicia, medio ambiente, empleo...) en el orden municipal, proyectos para construir tejido y cohesión social.

Los estudios aquí reseñados tienen en común su explícito carácter propositivo y tendrían la virtud de conciliar los intereses de los académicos con las necesidades de los tomadores de decisiones y ejecutores de programas; sin embargo, la discontinuidad en las políticas y estrategias del gobierno y los personalismos de los burócratas de turno dificultan esta necesaria labor.

3. EL ANÁLISIS DEL DESARROLLO DE LAS POLÍTICAS Y ESTRATEGIAS GUBERNAMENTALES CONTRA LA VIOLENCIA Y POR LA PAZ.

Esta es una línea de investigación muy útil para evaluar los procesos de negociación adelantados en los últimos veinte años, aprender de los errores y proponer estrategias realmente estatales que superen la socorrida declaratoria de "fracaso" de las políticas de los gobiernos anteriores.

En esa dirección existen trabajos recientes como el de Marc Chernick, sobre "La negociación de una paz entre múltiples formas de violencia"²⁷ que examina los aspectos que funcionaron y los que fallaron, las oportunidades aprovechadas y las desperdiciadas, al tiempo que formula un conjunto de recomendaciones para la paz que incluyen reforma agraria, desmantelamiento de los paramilitares, reorientación de la misión de las fuerzas armadas, entre otras.

En esta misma línea trabaja Marco Palacios en "La solución política al conflicto armado, 1982-1997"²⁸, planteando una propuesta "maximalista" que enmarca en el presupuesto de que el problema de Colombia no es buscar la paz sino construir la democracia y que incluye una agenda abierta de paz. En alguna medida estos dos autores coinciden en cierta dosis de optimismo acerca de que la paz por la vía de la negociación es posible y, en las áreas-problema, donde se centran sus recomendaciones, pero se expresan de la negociación y de su agenda como todo buen académico, como si los "actores armados" no fuesen también actores-estrategas, como si lo expuesto o manifiesto fuese lo sustancial y lo real, como si en todo juego de estrategias no hubiese un cúmulo de jugadas tapadas, un conjunto de cálculos más que racionales, instrumentales; en fin, como si las situaciones latentes no fuesen tanto o más importantes que las manifiestas.

Otra perspectiva de análisis plantean los trabajos de J. A. Bejarano²⁹, en los que combina su experiencia, sus reflexiones y críticas sobre los procesos de negociación recientes en Colombia comparados con los procesos de Centro América, en una aproximación desde la teoría de la resolución de los conflictos, y en oposición a la mirada de la "violentología", como se señaló antes. En este caso es de destacar el ejercicio comparativo que desarrolla y la combinación de su formación académica y su experiencia como negociador.

4. EL ANÁLISIS DE LAS RELACIONES ENTRE LOS DISTINTOS TIPOS DE VIOLENCIA.

Este enfoque reconsidera los procesos económicos y sociales implicados en la pobreza, la exclusión y la inequidad que tradicionalmente se han estudiado con independencia del fenómeno de la violencia política, como necesariamente vinculados. En la última década se ha ampliado el espectro y, por ejemplo, el Departamento de Planeación Nacional se ocupa de analizar los costos brutos del conflicto armado y "violencia y equidad", resultan preocupaciones inseparables para los investigadores³⁰. La propuesta implícita en estos trabajos es hacer preguntas más "holísticas" sobre los procesos y problemas, lo que supone aproximaciones interdisciplinarias.

5. LAS ESTRATEGIAS DE PAZ EN MEDIO DEL CONFLICTO.

Se trata de experiencias locales que pretenden oponer "resistencia civil al conflicto armado"³¹ o consolidar proyectos de desarrollo socioeconómico en regiones de agudo conflicto. Tal es el caso del Programa de Paz y Desarrollo del Magdalena Medio, liderado por los jesuitas, con la financiación del Banco Mundial.

La sistematización y evaluación de tales experiencias puede contribuir a proponer alternativas complementarias a la negociación o, eventualmente, descartar el supuesto que soporta tales experiencias, como viables o consistentes con la dinámica de los acontecimientos.

REFEXIONES FINALES

En síntesis, violencia y paz, conflicto y negociación, son ricas vetas para la investigación social y muy importante es la contribución de ésta a la superación de la confrontación. Todos los procesos están excelentemente documentados, lo que supone una fuente permanente de trabajo para otras investigaciones; el análisis de coyuntura permite tener una información "al día" de los procesos, como materia prima para los análisis más profundos y complejos.

Se podrían anotar muchas sugerencias, pues siempre es más fácil criticar que hacer lo que se sugiere. Por ejemplo, una ausencia notoria es la de los estudios comparados, pues, salvo en dimensiones muy específicas, como las negociaciones Estado-insurgencia, de muy reciente presencia, la investigación en este campo se ha caracterizado por el enclaustramiento. Como en muchos otros aspectos, los colombianos nos consideramos "especiales", "diferentes" y no confrontamos nuestras visiones, experiencias y teorías con las de otros países que padecen de los mismos o similares males.

Entre los actores del conflicto se estudia poco a los militares. Las organizaciones guerrilleras han sido estudiadas pero, después de cincuenta años, vale la pena indagar por cambios en sus integrantes: por género y generación, cambios de referentes ideológicos y simbólicos, de perspectivas vitales, entre otros posibles.

Profundizar en las interacciones estratégicas entre los actores del conflicto armado es una labor ardua y fundamental. Al respecto, la

visión de un experto y crítico muy serio, Daniel Pécaut³²: Las estrategias gubernamentales son las más cómodas de aprehender, sin embargo, en cualquier caso se trabaja con las intenciones expresadas por los actores. En este nivel de análisis es superficial el desciframiento de las estrategias. Los grupos organizados no son homogéneos ni unánimes en sus planteamientos: el "diálogo" es uno de los componentes de su estrategia. Tal parece que los investigadores, subestiman la complejidad de las negociaciones. "Detectar los constreñimientos que pesan sobre los actores, los cálculos secretos que los guían, las fuentes de poder, la diversidad de sus lógicas de acción, los fines múltiples que persiguen, en fin, los elementos latentes de sus estrategias, me parece una tarea fundamental".

Para una labor de esa envergadura hay que buscar y crear los instrumentos de análisis estratégico, los métodos, los procedimientos para desentrañar, develar lo no manifiesto, lo latente, lo oculto. Quien haya tenido una mediana experiencia en investigación que procure superar la descripción, entenderá que el reto es descomunal. Lo otro, es fácil y generalmente tiene más audiencia; gusta más por lo sencillo o por lo simple.

Los analistas colombianos han caído en muchos lugares comunes, han perdido rigor, han descartado la historia y sin querer reivindicar procedimientos positivistas, se exceden en retórica y jerga "científica"; adicionalmente olvidan citar sus enfoques, sus fuentes teóricas, sus estrategias metodológicas. De eso está hablando Pecaut.

¿Tenemos los colombianos una explicación científica acerca de nuestra violencia?. ¿Son explicaciones la "precariedad" del Estado, la exclusión, la falta de democratización? ¿Por qué tenemos vecinos con mucha historia compartida, con problemas de esos y peores y no tienen la violencia que nosotros tenemos? Sigamos a Pecaut: "La idea de democratización no es remedio milagroso para la violencia y ésta no se debe resumir como una demanda de democratización. (...) ¿No dio la violencia un paso brutal hacia atrás desde 1994?" 33.

¿Qué tenemos en mente cuando aludimos a la democracia? ¿una visión institucionalista que se detiene en las reglas formales, instrumentales de aquella? Las reglas formales y las prácticas son importantes para el analista, y éstas no sólo en el mundo de lo público, de lo político, sino también en la vida cotidiana y en la vida privada.

Aquí nos aparece otro problema y Pecaut se encarga de hacerlo notar: La violencia interfiere en la definición de las fronteras de lo político y no es, por tanto, saludable para la ciencia ni para la nación, limitarse a la violentología. Es necesario combinar aproximaciones teóricas diversas.

Colombia no sólo tiene una institucionalidad y legitimidad "débiles" o "precarias"; carece, dice Pecaut³⁴, de un mito unificador; es frágil en lo simbólico nacional; el derecho como dimensión de la nación y como profesión es un instrumento más de poder de beneficio particular; la ciudadanía política es suplantada por la pertenencia a redes clientelares partidistas al tiempo que la ciudadanía social es frágil, fragmentada, cuando no bloqueada.

Hay necesidad de replantear y reestructurar de manera profunda y seria el trabajo de investigación en este campo si se quiere que todo ello no sea solo el laboratorio y el observatorio permanente de los "científicos" sociales, sino el lugar donde gobernantes, estrategas, políticos, dirigentes y sociedad civil acudan en busca de las recomendaciones que se instrumentan y evalúan.

Es necesario, por lo tanto, intentar crear un Programa Nacional de Investigación sobre la Violencia y la Paz en Colombia; programa en un doble sentido: como cuestión que fomenta, cofinancia y evalúa un ente administrativo - burocrático, como Colciencias. Y programa en el sentido

que Lakatos confiere a este término, cuyos objetivos generales sean:

- “ Realizar un riguroso inventario de la investigación producida en este campo en los principales centros académicos nacionales y regionales.
- “ Construir las líneas efectivamente desarrolladas y evaluar sus logros.
- “ Establecer el estado del arte y mecanismos para su permanente actualización.
- “ Definir prioridades y destinar recursos para el avance de los procesos de investigación.
- “ Diseñar nuevos proyectos que se orienten en la búsqueda de alternativas y soluciones.

Finalmente, está el campo inexplorado de la investigación acerca de cómo construir civilidad y ciudadanía en una sociedad desintegrada por las violencias de tantos años. No se trata exclusivamente de un trabajo educativo en valores y "cultura ciudadana"; es la búsqueda de los caminos para resignificar la política y fundamentar una dimensión mítica o simbólica refundacional de la sociedad colombiana³⁵. El ámbito de la guerra y la paz, de la violencia y del conflicto, de la resolución y negociación, no es privativo de los científicos sociales y de la investigación, es también el terreno de la acción social y política, de la reflexión propositiva, de la educación y la cultura.